

EXPOSICIONES EN LA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO

LA PINTURA DE MANUEL HERNANDEZ GOMEZ

Escribe: EUGENIO BARNEY CABRERA

Hay artistas cuya definición debe hacerse por modos negativos. Su presencia es de tal manera discreta que raya en lo pasivo. Sin que por ello pueda afirmarse que carecen de validez, o que su vigencia sea nugatoria o anodina. Hay actividades que asumen el sistema de la lentitud y de las voces bajas, no por incapacidad sino por temperamento, por modo de ser, por función sistematizada y consciente de ese proceder. Empero, tras la apariencia de pasividad y de lentitud, bulle el mundo emotivo, inquieto y azaroso que palpita rebelde contra el freno de las normas tradicionales.

Estos artistas, por ello, imponen al crítico cuidadoso examen. Sus aparentes pasividades son producto del renunciamiento. No son coloristas audaces; pero, acontece, si bien miramos, que en los discretos el color ha sido sometido a proceso de podas, y a sistema riguroso de gamas que "obligan" a un sucederse normal y lógico, sin gritos ni aspavientos, pero con sabiduría técnica y rigorismo académico. No son dibujantes enfáticos, pero cuando a la línea se entregan la narran cuidadosamente, severamente, con suavidad y maestría, sin que ella rompa el coro armónico propuesto. No son innovadores, pero sus obras no tienen objeción y dicen su lenguaje poético con agradable magia renovada.

Son los discretos, los de voz queda, y ambiciones constantemente re-frenadas. Muchos de ellos caen en las huellas de otras, y hacen arte epigonal. Otros, crean su propia academia, sometidos a reglas y cánones, renunciando a facilidades y trucos, por honestidad pictórica. Y, algunos, de manera paciente, queman etapas con lentitud para ir adelantando con firmeza en la conquista de la creación.

Entre este último número está, a nuestro entender, Manuel Hernández Gómez. Pertenece a una de esas generaciones promisorias que en Colombia tienen vigencias imbricadas con otras de mayor madurez o con

posteriores de dudosa actividad. Principió a actuar cuando en el país golpeaba la nueva ola estética. Los viejos muros habían sido abatidos por la pica del nuevo estilo. La liberación de las formas, el dominio de las formas por ellas mismas, principió a ejercer su señorío. Pero como era de transición la hora, estos hombres jóvenes salían de la academia tentados por las nuevas teorías, pero respetuosos del oficio, conocedores de las técnicas, obedientes a las reglas permanentes y severas del taller. Las texturas debían basarse en la técnica, y no en la improvisación y la ignorancia. Y las formas por fuerza estar sujetas a las reglas de oro que marcaban precisos campos de acción en dondequiera que hubo arte verdadero. Esta dualidad conceptual puso frenos, entrabó la marcha inicial, y, en varias ocasiones, impidió el amplio y total conocimiento del arte contemporáneo. Fue necesario aprender que la deformación no era recurso de ignorancia; que la geometrización no era mero capricho novedoso; que el color virgen no gritaba por salir simplemente, sin control técnico, de una paleta salvaje. Sino que detrás de todo aquello existía la sistematización conceptual. Creencia estética, liberación pictórica, sujeta, empero, a reglas, conocimientos técnicos, y, sobretodo, a una poesía, a una magia que exige, como raras veces, el poder creador del artista.

En poco tiempo fue necesario recorrer el proceso histórico de los últimos cincuenta años. Y, por ello, en esta gestación fue dable encontrar, como en el mismo caso de Hernández Gómez, períodos de confusionismo conceptual. Hibridaciones injustificadas, ensayos falsos de modelado geométrico, rupturas estructurales, expresiones mal entendidas. Proceso éste confuso, preñado de enseñanzas y de humildades. Prueba de fuego para los talentos de verdad, visión de tierras nuevas para el arte nacional que rompía las vallas provinciales.

Manuel Hernández Gómez con paciencia ha sabido esperar. Y sin temor por la provincia ha hecho su retiro del mundillo capitalino, para meditar y trabajar. Por ello nos trae ahora una pintura discreta y mesurada, pero rica en manifestaciones pictóricas. Sus cuadros de tendencias monocromas, calientes o frías, están elaborados con precisión técnica, con exactitud cromática, sin grandes hallazgos ni osadas improvisaciones. Su color va surgiendo en círculo regular, colocado como ordenan los cánones, matizado lentamente hasta lograr la nota blanca o de encendido pigmento que concentra y fija la estructura. Diríase, por ello, que construye y valora dentro de las reglas académicas tradicionales, pero con sujeción a conceptos formales contemporáneos. Por esto mismo, en cuanto al concepto formal, puede acaso obrar bajo inmediatas influencias coterráneas, pero tamizadas con discreción y subjetivizadas con valentía. Solo en tres o cuatro tópicos de peces cae en lo falso, en lo inane, y en equivocadas variaciones temáticas.

La exhibición pictórica de Hernández Gómez expuesta en la Sala Luis-Angel Arango, durante la primera quincena de junio, marca indudable progreso en este artista. Su lección es de honestidad, y su ejemplo de discreción rechaza la precoz ambición que aqueja a tantos talentos ano-

nadados prontamente. De la docencia artística ha tomado el sentido de la responsabilidad, y el gusto por los procedimientos estrictos de la técnica. Así su pintura, aunque dentro de la órbita del estilo genérico del siglo XX, ancla en los subfondos de la enseñanza académica. Por estos medios, Hernández Gómez sigue un proceso lento pero seguro, sin temores de quedarse a la zaga de los audaces, y sin pretensiones de innovador. Su discreción es seguridad. Y no por discreto en las temeridades plásticas, es menos importante en el panorama juvenil de la pintura nacional que de él espera nuevos progresos.